

PEQUEÑA
CRÓNICA *Por Juan Antonio*
SANTACRUZ *Padrón Albornoz*

El eterno tema del tiempo

Calor.

Agobiante calor.

Y, como lógica consecuencia, la galvana, esa especie de soñarrera que disimula la pereza.

Desgana ante la máquina de escribir. Pero—hay un pero—es necesario un tema, el que sea, para cumplir, para lanzarse a la calle, a la diaria palestra de la letra impresa.

Y un amigo, uno de esos buenos y solícitos amigos, me hace amable sugerencia:

—Si quiere usted escribir con tranquilidad, sin acaloramientos, trate del tiempo.

Sí, sí. También el tema se las trae.

—Hay tiempos en que el tiempo se enriquece de significación súbitamente. Es decir, que se hace más rico, nuevo rico si se quiere, y, por lo tanto, se pone intratable. Con sólo desear que pase pronto, o que tarde en pasar, se revela una tendencia.

—Si pide usted que pase pronto cuando es malo, prontísimo cuando es pésimo y que se estacione cuando es bueno, nadie le podría hacer un reproche.

—Es que, mi querido y buen amigo, lo más difícil es precisamente distinguir el buen tiempo del malo. A lo mejor cree uno que es pésimo y la gente anda por la calle como si tal cosa, tan contenta y tan feliz. La verdad es que uno no se lo explica, pero es así. Y llega a creer uno que la gente carece de sensibilidad en la piel, pero no hay que escribir apreciaciones que molestan al público, aparte de que puede ser uno hiperestésico. Las mayorías deben tener siempre razón. A mí no me hable usted más que de las mayorías.

—Pero ahora no caería usted en contradicción con nadie si escribiese que hace demasiado calor.

—Bastantes vulgaridades escribe uno sin saberlo, sin apreciarlo, para encima escribir a sabiendas una más. Abusamos con frecuencia de contar a los lectores cosas que están hartas de saber.

Además, eso de “demasiado calor”, es un dogmatismo en que yo no quiero incurrir. Es verdad que hoy sudamos—como hace unos días lo hacemos y haremos en el resto del verano—y sudamos unánimemente. Pero el calor lo adjetiva cada uno según la sed que traía del invierno.

—En resumen, mi querido amigo, que no quiere usted hablar del calor.

—Pero ¿es que no hemos hablado ya bastante? ¿No ve usted que esta “Pequeña Crónica” ha salido, poco a poco, como el soneto a Violante?

Fue entonces cuando mi amigo, exasperado por el calor, comenzó a hablar del clima, a decir las mil y una cosas que, de puro sabidas, tenemos olvidadas sobre la benignidad de nuestro tiempo, de nuestra temperatura.

Mientras, el sol arremetía con su lanza de fuego y arrojaba, una y otra vez, sus dardos de fuego.

La ciudad buscaba la sombra en sus plazas, en el claroscuro de sus Ramblas adornadas por la cofradía de los laureles, la del verdor perenne del Santa Cruz de siempre.

Mi amigo se entusiasmaba y, a caballo de su elocuencia, emprendió galope furioso, rápido y atropellado.

Las palabras brotaban de su boca con violencia y, una y otra vez, el “ritornello” del Tiempo—así, con mayúscula—volvía con insistencia.

De pronto cambió el tema y me habló de los barrios que apenas cuentan con agua en estos meses de verano. De zonas del extrarradio que carecen de parques infantiles—o de unos simples laureles—a cuya sombra jueguen los niños, esos niños que el calor aleja de sus hogares casi por imperativo categórico. Trató, ¿cómo iba a olvidarlo?, del prometido Parque de Las Mesas, de la falta de piscinas, de espesas zonas verdes cerca de la ciudad y, de nuevo, después de insistir en lo referente a los parques infantiles—o de unos simples laureles que den sombra—volvió al tema del tiempo.

Repitió lo dicho al principio y, para terminar el monólogo, no me quedó más remedio que pararle a media frase y decirle:

—Mi amigo: todo lo que usted dice es verdad; lo que no quiero es decir bobadas ni meterme en sutilezas propias del tiempo. Lo que quiero es que se publiquen estas cuartillas ya que las he escrito. Razón tiene usted en todo eso de los parques y piscinas. Lo que no quiero es, para terminar, perder el tiempo hablando del tiempo.